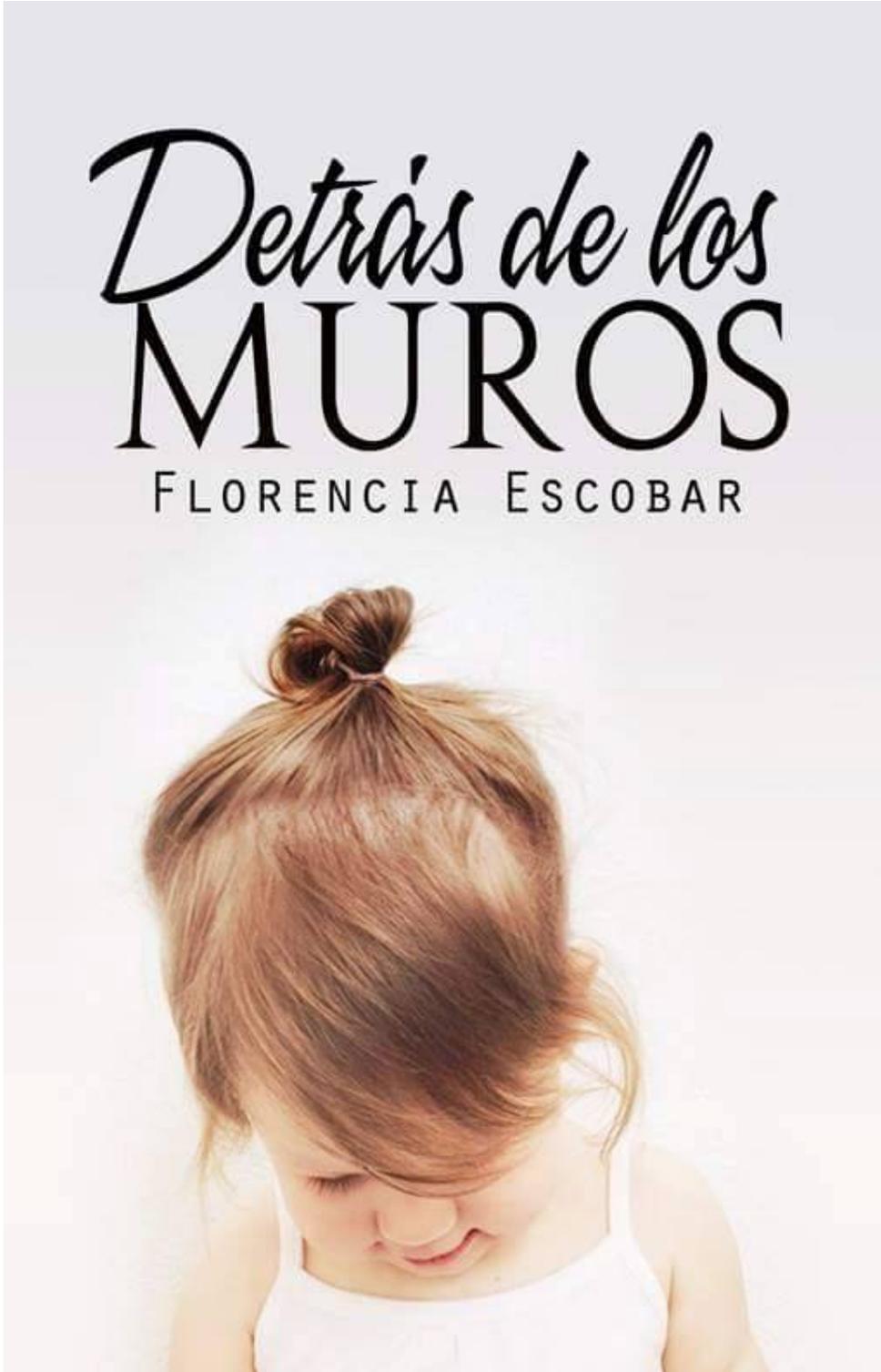


Detrás de los muros

Flor Esco

*Detrás de los*  
**MUROS**  
FLORENCIA ESCOBAR



# Capítulo 1

## Prólogo

"Señores jueces, quiero utilizar una frase que pertenece ya a todo el pueblo argentino: Nunca más"

Fiscal Julio Cesar Strassera en el cierre de su alegato de una semana en el juicio de las juntas militares.  
18 de Septiembre de 1985

"Todas las parturientas, a quienes respeto como madres, eran militantes activas de las maquinarias del terrorismo y muchas de ellas usaron a sus hijos embrionarios como escudos humanos al momento de ser combatientes"

**General Jorge Rafael Videla, presidente de facto en Argentina, refiriéndose al robo sistemático de niños durante la dictadura.**

"Detrás de los muros,  
que ayer te han levantado,  
te ruego que respires todavía.  
Apoyo mis espaldas y espero que me abracés,  
atravesando el muro de mis días.  
Y rasguña las piedras,  
y rasguña las piedras,  
y rasguña las piedras hasta mí.

Apenas imperceptibles, escucho tus palabras,  
se acercan las bandas de rock and roll  
y sacuden un poco,  
las paredes gastadas  
y siento las preguntas de tu voz.

Y rasguña las piedras,  
y rasguña las piedras,  
y rasguña las piedras hasta mí.  
Y si estoy cansado de gritarte,  
es que quiero despertarte  
y por fin veo tus ojos  
que lloran desde el fondo  
y empiezo a amarte con toda mi piel.

Y escarbo hasta abrazarte  
y me sangran las manos,  
pero qué libres vamos a crecer.  
Y rasguña las piedras,  
y rasguña las piedras,  
y rasguña las piedras hasta mí"

**Sui Generis.**

## Capítulo 2

### Capítulo 1

*Me asfixiaba.*

*Las paredes se acercaron, reduciendo el espacio, presionándome. Intenté moverme, pero fue inútil. Escuchaba, en la lejanía, su voz ahogada llamándome, rogando ayuda. No lograba respirar, menos responder. En medio de la opresora soledad, el sonido de mis huesos al quebrarse hizo que gritara aterrorizada mientras todo se oscurecía.*

*Ya no estaba en ese cuarto, me encontraba sobre una camilla de hospital, donde seres de bata blanca se aproximaban a paso lento. En sus manos sostenían bisturís con filos brillantes. Traté de incorporarme, pero las correas que me sostenían lo impidieron. Uno de ellos acarició mi cabeza con una mano y, con la otra, realizó incisiones sobre mi piel.*

*El resto me rodeó imitando sus movimientos. Entre sus cuerpos pude ver que quien me llamaba antes también estaba sufriendo la misma tortura.*

*Ya no me llamaba, no gritaba y tampoco respiraba.*

*Morirme, para seguir su camino, resultó la mejor elección.*

El sudor me empapaba cuando desperté gritando, sabía que no sangraba, pero palpé mi cuerpo para ser consciente de la realidad. La casa estaba vacía salvo por el personal de limpieza y seguridad. Intenté ahogar mis gritos histéricos en la almohada, odiaba las pesadillas que me llenaban de rabia y miedo, que no me permitían tener una semana de paz.

Mi garganta ardía como si lava se deslizara por ella. Sin embargo, no me molestó, porque ese dolor fue el que me ayudó a concentrarme.

Por la ventana entraba la luz de la luna llenando la habitación de una luminosidad tenue. Temblaba de terror y frío, pero estaba demasiado alterada como para volver a acostarme. Arrastré la colcha de la cama, envolviéndome con ella, y me senté en la esquina de la habitación después de haber prendido las luces, lo que no hizo que la oscuridad de mi interior remitiera.

Odiaba ser débil, pero me cubrí la cabeza llorando de la única forma en la que conocía, con los dientes apretados y mordiendo la tela para evitar

gritar.

Las imágenes que se superponían en mi mente solo lograban despertar esos sentimientos que tanto trabajo me había llevado aplacar. Aun así, había descubierto que permitir que el odio se adueñara de mí era un buen paliativo durante los ataques de pánico, concentrarse en ese atroz sentir en vez de en el dolor resultaba el mejor método.

La alarma sonó, logrando que saliera del estado de sopor en el que estaba sumida. Viendo que había amanecido, palmeé mis mejillas: era hora de aparentar normalidad. Me bañé como una automática y vestí el uniforme del instituto. Mientras subía las medias de lana recordé la aversión que mi mejor amiga les expresaba, tenía razón al argumentar que no eran atractivas, pero a mi cuerpo le costaba más tiempo del necesario entrar en calor.

Demoré tratando de encontrar un cinto para la falda, que estaba empezando a quedarme demasiado ancha. El uniforme se arrugaba aquí y allá, donde faltaba cuerpo que lo rellenara.

Fue necesario consultar mi agenda para recordar en qué día me encontraba y lo que necesitaba llevar al instituto. Sonreí de lado al ver la portada donde mi amiga había escrito hasta el cansancio último año. Poco a poco el sol comenzaba a salir en mí. Con los años, me había acostumbrado a ganarle a la oscuridad, a no dejar que las pesadillas determinaran mis días.

Intenté desayunar en vano, el estómago se me encogió al ver la leche teñirse del color rojo de los cereales, parecía sangre. A mi alrededor, la imponente mansión se erigía como si fuera una cárcel llena de lujos y secretos, cada vez que estaba sola allí me agobiaba y un miedo ilógico a la soledad, que conocía a la perfección, se adueñaba de mí.

Al no poder pasar bocado, me sobraba tiempo para consultar los correos electrónicos. Descarté el leer aquellos que correspondían a publicidades de universidades a las que nunca asistiría. Uno estaba marcado como prioridad y pertenecía a Lorena, la niñera de la familia.

Con una sonrisa examiné el mensaje. Ella estaba con mis padres y Grecia en Irlanda, más allá de que no conocía el idioma parecía estar fascinada con los grandes lagos y castillos. Lorena recalcó cuánto me extrañaba mi hermana, pero que la estaba sobornando a base de golosinas para que no llorara. No me sorprendió saber que mis padres no pasaban tiempo con ella, por lo menos su niñera se encargaba de mimarla.

Pude palmar la emoción de la pequeña al enterarse de que en los castillos vivieron princesas reales. El mensaje tenía adjunta una foto de Grecia usando un vestido rojo, con el cabello rubio sujeto con una cinta hacia

atrás. De fondo, podía apreciarse una pradera con flores, pero nada se comparaba a la belleza que irradiaba su sonrisa, reflejando la inocencia propia de sus dos años.

Escribí un mensaje cariñoso incitándolas a que se divirtieran, ninguna sabía cuándo mis padres regresarían y no podíamos preguntar tampoco. En ese momento llegó un nuevo correo, era de mi madre. Respiré profundamente antes de abrirlo. Más allá de que estaba acostumbrada a su frialdad, esa mañana, la angustia se negaba a irse y me enojaba saber que sus palabras iban a quitarme la luz que el mensaje anterior me había brindado.

*3 de julio de 2005*

*Franchesca:*

*Tu prometido llega con sus padres al aeropuerto el día seis a las 21.30, en el vuelo 3467. Espero sepas actuar acorde a tu educación.*

*Lucila Marcini.*

Respondí imitando su sequedad, confirmando que había recibido su correo. Me di el gusto de firmarlo con mi primer nombre, el que ella nunca usaba. Pasé la imagen que Lorena había enviado a mi teléfono y corrí hacia la entrada de la mansión, a sabiendas de que ya era tarde. Cuando posé la mano sobre el picaporte, me paré en seco, una marca roja adornaba mi muñeca izquierda, indicando que me había arañado en medio del ataque. En la derecha, tenía la pulsera de cuero trenzado que había robado a su dueño tres años atrás y que impidió que me lastimara allí también.

Subí a mi cuarto a buscar las tiras de goma para el cabello que estaban de moda y me las puse a modo de brazaletes, cubriendo el enrojecimiento.

Al volver a la entrada, Gabriel, el chofer, me esperaba con la puerta trasera abierta, tiré el bolso en el asiento y lo saludé con un beso en la mejilla. El personal de la casa formaba parte del pequeño círculo que consideraba familia, había aprendido que uno elegía a las personas que la integraban y que la sangre no determinaba nada.

—¿Cómo se encuentra hoy, señorita? —preguntó con voz ronca.

—Perfecta —aseguré, aunque ambos sabíamos que mentía.

Sonreí por el espejo retrovisor intentando verme convincente. Con el control encendí el estéreo, dejando que la música se adueñara del espacio, embotándome los oídos. Dentro de mi bolso tenía un neceser con maquillaje que me había regalado mi mejor amiga. Busqué la base correctora para hacer menos notorias las ojeras y me puse unas gotas de colirio que aliviaron el ardor al pestañear.

El resto del viaje hice rodar el anillo de compromiso que adornaba mi dedo. Tarareaba una canción en inglés que hablaba de una persona que se liberaba de sus cadenas cuando decía basta. Deseé que en la vida real fuera tan sencillo.

Aproveché el pequeño período que existía entre clase y clase para copiar una actividad que había olvidado hacer. Cambié algunas palabras del trabajo de mi amiga para que no se vieran iguales. Abril, la dueña de los resultados, miraba mi celular para matar el tiempo cuando chilló emocionada llamando la atención de todos.

—Grecia es perfecta, Lola, parece una versión en miniatura de una princesa. Mi hermano vive hablando de lo bonita que es, le dijo a mi mamá que va a casarse con ella cuando cumpla los seis —comentó, mostrándole al resto la foto.

Las miré con una ceja elevada, logrando que estallaran en carcajadas, mi forma de celar a la pequeña era de conocimiento público.

—Gianluca no puede ir a casa nunca más, está vetado —gruñí—. Ella aún no cumple los tres años y él tiene los cinco hace rato.

Azul me dio una palmada en la cabeza a modo de apoyo y correctivo, en partes iguales. El timbre que indicaba el inicio del periodo sonó y mis compañeros se dirigieron a sus bancos. Apuré la escritura al notar por los murmullos que el profesor nuevo había entrado al aula.

Puse el punto final un par de oraciones antes de lo debido, de todas formas, el profesor Rasar se había enfermado hacía un tiempo y, ese día, tendríamos a quien lo sustituiría por el resto del año. No era común que los profesores nuevos pidieran las actividades dadas por profesores de otras materias que habían ocupado el lugar por una sola clase.

Sentí la vibración del celular contra mi pierna, lo había guardado en el bolsillo de la falda, por lo que me hundí en el asiento tratando de evitar que el profesor se fijara en mí. Una de las ventajas de sentarse en la

última fila en un salón de treinta alumnos era que no llamaba la atención.

El mensaje pertenecía a mi mejor amigo, Alex, que anunciaba, sin preguntarme primero, que se había enterado que mis padres no estarían así que iría esa noche a hacerme compañía. Tecléé apurada la respuesta afirmativa, él sabía que odiaba quedarme sola por lo que siempre estaba dispuesto a hacerme compañía, aunque trabajara a tiempo completo. Los Bonelli se dedicaban a la industria automotriz desde sus inicios. Lógicamente, Alex era el sucesor de la compañía de su padre, desde los dieciséis trabajaba a su lado, además de estudiar.

En el momento en que bloqueé la pantalla con el botón superior, sentí cómo alguien lo deslizaba hacia arriba, quitándome el teléfono de las manos. Observé mis dedos vacíos mientras un pitido molesto comenzaba a inundarme los oídos, nublando mi raciocinio. Delante tenía la espalda del nuevo profesor, que caminaba con paso firme. Antes de llegar a la pizarra dejó el dispositivo sobre su escritorio.

—Una de las pautas principales en mi clase trata acerca del respeto. No permito teléfonos o artículos electrónicos, dado que no conciernen a la materia de Historia.

Su voz evocó recuerdos que llegaron arrastrando imágenes y sensaciones que había tardado años en enterrar. Empecé a temblar cuando observé su cabello claro asomando bajo la boina anticuada y la forma del cuerpo.

### **Prof. Santiago Liam Montana.**

No recuerdo el momento en el que me levanté, pero el ruido en mis oídos se incrementó de modo exponencial. Veía el nombre escrito como una sentencia, mi mente se negaba a creer que era él.

La realidad me golpeó cuando giró y me encontré frente al último ser humano que quería ver en todo el mundo. Sus ojos se abrieron por la sorpresa mientras que sus labios susurraron algo. No llegué a oírlo porque el mundo se volvió negro.